

tiano que os oprime en vuestra misma patria es innegable, pero es necesario saber los medios con que se ha de hacer valer en derecho.»

Un moro se adelantó hacia el príncipe: podría tener cuarenta años á lo sumo, y avanzaba encorvado como un anciano. Sus ojos negros, pero hundidos y ocultos debajo de sus espesas cejas, habian lanzado miradas sombrías mientras habia hablado Zelim-Almanzor, y al verle salir del auditorio para acercarse al príncipe, un sordo murmullo se levantó por todas partes. Algunos al verle pasar por junto á sí, exclamarón: «¡Pobre Dolex!»

— ¡Desgraciado padre!

— ¡Pronto hará un año que fué muerta su hija!

— ¡Era bien hermosa!

— ¡Qué querrá decirle al príncipe!

— ¡Oigamos!»

El moro Dolex entre tanto habia llegado á colocarse junto á Zelim-Almanzor, el cual pareció sorprenderse de ver cerca de sí á aquel hombre. Sin embargo, cuando al levantar su cabeza descubrió que una lágrima se deslizaba por sus mejillas, se conmovió y le preguntó con interés:

«¿Qué tienes! ¿Qué desgracia trae las lágrimas á tus ojos?»

— ¡Noble y esforzado jóven! exclamó el musulman despues de una breve pausa; pronto hará un año que penetraron en estas montañas algunos nobles cristianos, muchos de ellos señores territoriales del pais, que venian á pasar algunos dias entregados á los placeres de la caza. Un dia uno de aquellos señores libertinos acertó á ver á mi pobre hija, que contaba solo diez y siete años, y encontrándola hermosa quiso hacerla suya. Mi hija, señor, se resistió á las impúdicas caricias del noble valenciano, el cual irritado por la resistencia que le opuso aquella pobre niña, disparó contra ella su mosquete y huyó á buscar á sus compañeros dejándola anegada en sangre. Aquella misma noche se hallaban sobre mesa los nobles cazadores, contándose mutuamente lo que les habia sucedido durante el dia y los corzos que habian caido atravesados por sus flechas. El

asesino de mi hija se hallaba entre ellos; y aquel hombre sin corazón tuvo el descaro de decir que había encontrado una mora mas indómita que los corzos de que hablaban sus amigos; que había tratado de apoderarse de ella para domesticarla, y que habiéndose resistido la había muerto. He aquí la historia de mi desgracia.

—¡Horror! ¡horror! gritaron varios montañeses, que ignoraban aquel atroz suceso.

—¡Venganza! ¡venganza! dijeron otros.

Zelim-Almanzor se conmovió profundamente al oír la horrible historia de la desgraciada y virtuosa hija de Dolex, mientras el desventurado padre ahogaba en el pecho sus sollozos.

—Noble príncipe! dijo el moro Dolex viendo que Zelim-Almanzor nada había dicho después de haberle oído referir la muerte de su hija, deseo saber qué clase de guerra es la que va á comenzar.

Un sordo rumor de desaprobacion se levantó entre los montañeses al oír aquella pregunta que casi todos juzgaron inoportuna.

—Deseas saber con qué clase de guerra trató de hostilizar á los cristianos, y voy á contestarte con la franqueza propia de mi carácter, cual va á ser mi conducta en la próxima campaña. Si mi plan no os satisface, dueños sois todos de elegir otro caudillo, y yo combatiré á sus órdenes hasta lograr vuestra independencia. Aunque desciendo de reyes, estoy acostumbrado á hacer las fatigas del soldado.

—Bien! ¡bien! dijeron algunos.

—Me hallo dispuesto, añadió el príncipe, á buscar al enemigo allá donde se presente y á atacarle encarnizadamente.

—¿Y sus pueblós?...

—Serán respetados.

—¿Y sus mugeres?... volvió á preguntar el sombrío Dolex.

—Lo serán tambien.

—¿Luego no quieres hacerles una guerra como desean mis correligionarios, y como ellos merecén por sus inauditos crímenes? ¿Con que los asesinos de mi pobre hija serán respetados?

dos si no se les encuentra en el campo de batalla? ¡Oh! no habeis comprendido el espíritu de este país.»

Una contracción nerviosa agitó las facciones de Zelim-Almanzor, brillaron sus ojos como si un noble pensamiento hubiera cruzado por su mente, y exclamó:

«No quiero hacer valer mis derechos por medios que no estén en armonía con mis antecedentes y mi carácter. No quiero el trono si para llegar á él han de marcar mis pasos el incendio y la devastación. He venido á reconquistar un reino y no á reinar sobre escombros.»

El auditorio guardó silencio: el príncipe no se alteró por esto. No sucedía lo mismo á Ajem, el cual temía fundadamente que aquellos feroces montañeses no aprobaran el plan de campaña que pensaba seguir el príncipe, cuyo noble corazón odiaba los hechos sanguinarios que desacreditan casi siempre las mejores causas. Farax permanecía silencioso oyendo aquella discusión.

«Eres compasivo, dijo poco después el desgraciado Dolex, y no es la compasión la que nos ha de conducir á la victoria. Has pasado tu vida lejos de este país, noble joven, y no sabes bien la historia de ese pueblo que hoy nos domina, no sabes que hace trescientos años entraron en este reino como un torrente devastador. Sus caballos anduvieron sueltos por nuestros campos sembrados, nuestros ganados fueron degollados, nosotros perseguidos hasta en estas ásperas montañas, y nuestras pobres mugeres entre tanto eran conducidas á los campamentos. Luego que hubo pasado aquella ráfaga destructora creímos que la paz y la tolerancia nos permitirían vivir en nuestras pobres haciendas, cultivando nuestros campos y aumentando nuestros ganados, pero nos engañamos; pues se hicieron dueños de todo el reino, y solo nos permitieron vivir por el bien que podía producirles nuestro trabajo. Ellos fueron señores y nosotros esclavos. Luego que se hubo envainado la espada del conquistador, nos vimos perseguidos y atormentados por todas partes. Se nos maltrataba en los caminos, nos insultaban en los pueblos, y los jueces se reían de nosotros si pedíamos justicia;

y como si todo esto no hubiera sido bastante, hemos visto luego aparecer la Inquisición con sus horribles tormentos; y tú en cambio quieres ser compasivo con los que tanto nos han hecho sufrir.»

El discurso de Dolex produjo diferentes efectos en los montañeses: algunos se atrevieron á aplaudirle á pesar de ser un discurso de oposición á las ideas manifestadas por el príncipe. Este no se intimidó por tales muestras de aprobación. Su corazón estaba acostumbrado á mas fuertes contratiempos; así fue que dominando con su voz el leve murmullo que se habia levantado en la cueva, exclamó:

«Dueño eres, musulman, de hacer la guerra como te dicta tu venganza; y vosotros, los que aplaudis esas frases de exterminio y de sangre, dueños sois de hacer lo que os dicte vuestro coraje. Esconded desde hoy el mosquete y el alfanje que habeis recibido del Africa; para emplearlos en una guerra noble y digna, y esperad que la noche tienda su negro crespon para desenvainar vuestros puñales y encender vuestras teas.

Id.... marchad, talad los campos, incendiad pueblos y ciudades, degollad á sus habitantes; y si un dia la experiencia os hace conocer que no es ese el camino que debeis seguir, y que la libertad porque suspirais necesita batallas y no asesinatos, venid á buscarme; yo volveré á ponerme á vuestro lado con mi alfanje conquistador. No escasearé mi sangre cuando sea preciso derramarla, pero será en el campo de batalla y á la luz del sol, no en emboscadas cobardes durante el silencio de la noche, protegido por la oscuridad. La libertad, la noble causa de vuestra independendencia, exige combates, no crímenes. Soy musulman y odio á los cristianos, pero este odio no ha podido ahogar los sentimientos generosos que vivirán siempre en mi corazón. Durante la batalla sentiria no enrojecer mi acero; despues lo haria pedazos antes de mancharlo en sangre.»

Quando el príncipe hubo cesado de hablar, estalló en la cueva una salva de aplausos y vítores que vino á demostrar el mágico efecto que sus palabras acababan de producir.



Zelim-Almanzor permaneció tranquilo é impasible, como hombre acostumbrado á dominar sus emociones. Al oír á Farax, que habia guardado religioso silencio, cual si fuera el mas indiferente de todos los partidarios de Zelim, sacudió la cabeza como si hubiera querido devolver la lucidez á su cerebro, por donde habian cruzado funestos pensamientos, y al ver la ovacion singular de que el príncipe era objeto en aquellos momentos, exclamó: «¡Viva Zelim-Almanzor!» «¡Viva!» contestaron las roncadas voces de los montañeses.

Nuevos y repetidos aplausos anunciaron que las ideas vertidas por el príncipe habian encontrado favorable acogida en los corazones de sus oyentes, y que todos se hallaban dispuestos á obedecerle, aun cuando para ello fuera preciso sacrificar sus antiguos resentimientos y sus ódios personales. El mismo Dolex se sintió conmovido, y lloró al oír la manera noble y digna como pensaba combatir con los cristianos; y haciendo un esfuerzo supremo, gritó tambien: «¡Viva Zelim-Almanzor!»

Momentos solemnes fueron aquellos en que la esperanza de reconquistar su patria hizo sonreír á los habitantes de Espadan. En mas de un semblante se vieron correr las lágrimas, y no hubo uno entre todos los sublevados que no sintiera orgullo en haberse puesto bajo las órdenes de tan generoso caudillo. Muchos de ellos, no pudiendo contenerse, se acercaron á Zelim-Almanzor, el cual no parecia estar ya menos conmovido, y le rodearon para tener la dicha de tocar su ropa y de besar sus manos.

Pasados aquellos instantes de febril entusiasmo, el príncipe se ocupó en organizar á los montañeses, y dispuso que saliesen emisarios para que avisasen á todos los gefes que aguardaban en los pueblos con la gente dispuesta, que Zelim-Almanzor habia desenvainado su alfange, y que Espadan iba á ser por de pronto el teatro de la guerra.

## CAPITULO XX.

## El camino de Tales.

—Luego que los vítores de los sublevados hubieron asegurado á Zelim-Almanzor en el mando de ellos, y mientras los gefes de los montañeses se ocupaban con el príncipe en asuntos de guerra, uno de los que con mas atencion habia observado, cuanto acababa de tener lugar en la Cueva del Lobo, tocó en el hombro á otro que estaba á su lado, diciéndole en voz tan baja, que solo por él pudo ser oída: —

«¡Podemos marchar, Azam!»

El moro á quien fueron dirigidas estas tres palabras, bajó la cabeza respetuosamente y se colocó delante del que las habia pronunciado para abrirle paso y hacer mas fácil la salida. Los dos personajes cruzaron la cueva en toda su longitud, llamando la atencion de algunos montañeses que, á pesar de estar muy ocupados en el problema de la guerra, se quedaron profundamente admirados al ver el aspecto del que iba abriendo paso, y el aire melancólico y elegante del que le seguia con la cabeza pegada al pecho, como si hubiera querido evitar á toda costa el ser conocido. El interesante asunto que en aquellos momentos los ocupaba, impidió el que ninguno pensase en seguirlos ni en detenerlos en su marcha. Sin embargo, uno de ellos al verle pasar por su lado no pudo menos de preguntarle al que caminaba detrás, al ver que sus facciones apenas revelaban quince años y que vestia trage mejor que el de los montañeses: —

«¿Quién te ha conducido aquí tan jóven?»

—Mi amor á la independendia, contestó el que seguia al que habia sido llamado con el nombre de Azam. —

El montañés hizo un gesto de admiracion al oír aquella

respuesta, y mientras él se disponía á referirla con la pregunta que le habia motivado á un grupo que estaba á su lado, los dos personajes salieron de la cueva y se encontraron en la esplanada situada entre esta y el valle. El que habia salido el último, el más jóven, al verse fuera arrojó un hondo suspiro mirando hácia el lugar de donde acababan de salir. El viente-cillo fresco de la noche no fue bastante á borrar el encendido color de sus mejillas, y los rayos de la luna, que brillaba tranquilamente en el cielo, permitió ver que no solo el calor enrojecia sus mejillas, si no que tambien sus ojos parecian estar empañados por las lágrimas. Su compañero, al ver la actitud del jóven y al reparar en la profunda mirada que acababa de lanzar al interior de la cueva, exclamó:

«¿Sentis dejarle?»

—Ya lo has visto; ha hecho esperar á los sublevados, dijo el jóven como quien se contesta á sí mismo:

«¿Sospechais por ventura?»

—Creo que esa mugèr debe estar por estos alrededores.

—El jardinero nos dijo que no estaba en la Alquería, y esto no es motivo para creer que haya tenido suficiente valor para seguirle á estas ásperas montañas. Sin duda estará en Valencia!

—No, Azam, no lo créas; mi corazon es fiel, á pesar de las hondas desgracias que le combaten, y me está diciendo continuamente que la cristiana abandonó su alquería para seguir al príncipe.

Despues que hubo dicho esto, el jóven lanzó un suspiro desgarrador.

«¡Señora, valor!» exclamó Azam.

El lector habrá comprendido ya que el jóven que seguia á Azam no tenia de hombre mas que el traje que llevaba, y habrá reconocido en él á la recomendada de Melech. Ella era en efecto, que arrastrada por la pasion que sentia por el príncipe, no habia tenido inconveniente en ocultar su sexo bajo un traje de hombre para poder penetrar en la Cueva del Lobo á gozar en el triunfo del hombre por quien tantos sacrificios venia haciendo desde algun tiempo.

«Señora, exclamó de nuevo Azam viendo que algunos montañeses comenzaban á salir de la cueva y que les miraban con ojos escudriñadores, creo que debemos marchar. Los sublevados van saliendo ya, y vuestro aire y vuestra traza pueden despertar sospechas.»

—Quisiera verle otra vez. Jamás me ha parecido tan hermoso, dijo la dama con acento conmovido.

—Está bien... esperemos pues.

—Dime, Azam, ¿qué te ha parecido su discurso?

—Magnífico, señora, contestó el fiel criado.

—¿No has temblado al oír la relación de ese padre desgraciado, cuya hija fue bárbaramente asesinada en estas montañas? ¿No has temido el que los montañeses optasen por la guerra de esterminio que su rabia y sus desgracias le hicieron proponer?

—Sí. Mi corazón latió con violencia al oírle hablar, temiendo que sus palabras alcanzasen más influencia que las del príncipe. Los habitantes de este país tienen instintos feroces y no es fácil encontrarlos cuando se les habla en nombre de la gloria como lo ha hecho Zelim-Almanzor.

—Yo también, dijo la dama, padecí cuando oí los aplausos que obtuvo Dolex, pero luego me pude convencer de que la Providencia vela por el descendiente de Zeit.

—Alá protegerá sus armas cuando estalle la guerra, dijo Azam, que de vez en cuando arrojaba al interior de la cueva miradas recelosas.

—Estás impaciente, dijo la dama.

—Creo que debemos marchar.

—Hubiera querido poder verle otra vez, añadió la dama ahogando un suspiro.

—Muchos nos miran con demasiada curiosidad.

—Marchemos, marchemos pues.

—Ya le volveréis á ver cuando la victoria asegure la corona en su cabeza.

—Así debía suceder atendiendo al entusiasmo con que ha sido recibido en este país, y á los auxilios exteriores con que

cuenta; pero á pesar de todo, temo y dudo del éxito.

—Marchemos, dijo Azam, viendo que un nuevo grupo salía de la cueva. La dama le siguió triste y silenciosa. Cruzaron el valle hollando la menuda yerba, y llegaron á un sitio donde nacia una senda: entraron en ella, la cruzaron silenciosamente, y llegaron á una especie de hondonada en donde encontraron sus caballos atados al tronco de una higuera silvestre. El caballo de Azam se disponia á relinchar apenas se advirtió de la llegada de su amo; y hubieran resonado sus relinchos en el valle, si la mano cariñosa de Azam no le hubiera hecho ahogar la voz en la garganta dándole algunas palmaditas en el cuello; pero de alguna manera queria el noble bruto manifestar su contento, y lo hizo golpeando el suelo con sus herrados cascos. Tambien la yegua en que debia montar la dama estaba sobrado retozona desde que habia oido su llegada: sin embargo, bien pronto la mano de hierro de Azam la obligó á inoderarse sujetándola con el freno, y la hizo ir como una oveja hasta un pedrusco, sobre el cual esperaba la dama para poder desde allí montar con mas facilidad. Luego que esta se hubo acomodado en su cabalgadura, Azam se acercó á su caballo y montó en él con suma presteza y aplomo, como hombre acostumbrado á ello. En seguida puso su caballo en una senda que serpenteaba por las faldas de las mismas montañas en cuyo seno se abria la misteriosa Cueva del Lobo, en donde brillaban aun los resplandores de la hoguera, y hácia la cual la dama, tras un hondo suspiro, arrojó una triste mirada.

Largo rato siguieron aquel estrecho camino sin hablar una palabra. Muchas veces pareció impacientarse Azam, manifestando deseos de romper aquel silencio que les permitia oír los suspiros de la brisa que se deslizaba agitando levemente el ramaje de los pinos y los espesos matorrales que orillaban el solitario camino que seguian; pero se contenía sin desplegar sus lábios, como si respetase en el silencio de la dama algun gran sentimiento, ó como si el respeto le hiciera enmudecer.

Poco después tuvo ocasion favorable para poder hablar:



advirtió que su señora se había estremecido ligeramente sobre la yegua que montaba, y Azam, dando un talonazo al caballo, le obligó á dar un salto que le puso casi al lado de la dama.

«Señora, preguntó el fiel criado, ¿teneis frío?»

—No.....

—Os habéis, pues, estremecido. ¿Quereis mi alquicel?»

—No.

—¡Vos me ocultais algo! dijo Azam meneando la cabeza como hombre que recelara.

—¡Ocultáretel! Bien sabes, Azam, que no guardo secretos para tí hace algun tiempo.

—Sin embargo.

—Si ahora me he estremecido, habrá sido porque mi alma, que está siempre agitada, ha evocado un recuerdo que me ha hecho temblar.»

Esto diciendo, la dama elevó sus ojos al cielo y arrojó un suspiro.

«Veo, dijo Azam, que la escena de esta noche no ha producido todo el efecto que yo creia, y que la tardanza de Zelim-Almanzor en acudir á la Cueva del Lobo os ha hecho dudar nuevamente.»

—¡Dudar! ¿Puedo por ventura dejar de hacerlo despues de lo que he sabido, despues de lo que he visto, y sobre todo despues de haberle oido decir á él que no queria aceptar la libertad si se le prohibia el ir á la alquería de Montblanc?»

Azam bajó la cabeza y nada contestó; sin embargo, su semblante en aquellos momentos manifestó el mas profundo sentimiento al oir lo que su señora acababa de decirle. Esta por su parte, deseando sin duda dar tregua á su amarga pena, quiso variar de conversacion, y exclamó:

«¡La noche es hermosa!»

—¡Sí, muy hermosa! dijo Azam sin levantar la cabeza.

—¿Tardaremos mucho en llegar á Tales?»

—Sobre dos horas, contando con la ligereza de nuestras cabalgaduras.

—Quisiera llegar de noche.

—Está bien, señora; cuando hayamos salido de este camino, cuya escabrosidad no nos permite ir de prisa, y cuando hayamos salvado aquella cuesta que se descubre al final de él, podremos adelantar mucho, y antes de las dos horas estaremos en Tales.»

En esto llegó á oídos de los viajeros las pisadas de algunos caballos que se acercaban hácia ellos por el mismo camino que seguian.

Azam volvió apresuradamente la cabeza para saber de donde procedía aquel ruido y qué clase de gente conducian aquellas caballerías, cuyas pisadas se oian cada vez mas cerca. La dama se puso tambien á escuchar, llena de sobresalto; despues de haber detenido su yegua.

«¿Quién puede ser esa gente? preguntó poco despues.»

—Sosegaos, señora.

—¡Dios mio! todo me asusta esta noche.»

Azam se apeó del caballo, retrocedió algunos pasos, y volvió en seguida para decir á la dama:

«No sé que gente es esa que se acerca; sin embargo, puedo aseguraros que son de los nuestros. Apartémonos del camino, ocultémonos en la espesura, y podremos verles pasar y tal vez reconocerles sin ser vistos.»

Esto diciendo, la dama vió cómo su criado se apoderaba de su yegua para meterla, como habia dicho, entre los espesos matorrales que habia á la derecha del estrecho camino que seguian. En cuanto al caballo de Azam, siguió á la yegua como un cordero.

«¿Y si fuesen cristianos? preguntó la dama cuando se vió detrás de la espesura, que los ocultaba perfectamente á ellos y á sus cabalgaduras.

—¡Cristianos! exclamó desdeñosamente Azam; no temais, señora, que se hayan atrevido á llegar hasta aqui. No se espondrian á cruzar estos desfiladeros, en donde no tardarian en encontrar la muerte!»

Despues de esto, Azam y su señora se dispusieron á esperar el momento de ver pasar por el camino que ellos acababan de

abandonar á la nocturna cabalgada. Azam, sin embargo de que no habia concebido sérios temores de la gente que avanzaba, llevó la mano á su yatágan para convencerse de que estaba dispuesto á salir fácilmente de su vaina de terciopelo. La dama por su parte pareció convertirse toda en ojos y oídos, y alargaba su interesante cabeza por entre el ramaje de los nacientes pinos, para examinar á los que no tardarian en cruzar por el camino. Nada turbaba el silencio profundo y magestuoso de la noche, y la luna iba á permitirles ver clara y distintamente á los que esperaban.

Azam no manifestaba tener otro interés que el que le causaba el que habia sentido su señora, y al reparar en la creciente ansiedad que iba manifestando y la agitacion que iba apoderándose de ella, preguntóla:

«¿Sospechais de esa gente que se acerca?»

La dama llevó el dedo índice á los labios para imponer silencio á su criado, el cual se encogió de hombros y fijó tambien sus ojos en el camino por donde debian pasar los que tanto recelo infundian á su señora.

Un minuto despues vieron pasar por el camino cuatro ginetes montados sobre otros tantas cabalgaduras.

La dama se conmovió como si hubiera visto deslizarse por delante de sus ojos cuatro fantasmas. Azam notó el estremecimiento que la habia producido la vista de la misteriosa cabalgada, y lo que fué mas, la horrible palidez que cubrió su semblante cuando hubo examinado á los cuatro personajes que seguian tranquilos y silenciosos el camino que ellos dejaron.

«No temais nada, señora, dijo poco despues Azam, que no sabia á qué atribuir la conmocion creciente de la dama; pues qué no habeis conocido en esos cuatro ginetes á otros tantos partidarios de Zelim-Almanzor? Bien indican sus trages que pertenecen á nuestra religion.»

La dama por toda contestacion arrojó un suspiro desgarrador, y murmuró despues palabras inconexas que hicieron temblar á su fiel criado.

«Pero, señora, ¿quién creéis que es esa gente?»

—Pues qué, ¿no la habéis reconocido?

—¿A quién, á ella?

—Sí, á ella; ¡á Isabel de Meneses!

—Permitidme que os advierta vuestro error. Los cuatro eran hombres; los he visto perfectamente; y de ello podeis convenceros vós misma ahora mismo. Montad á caballo, y les seguiremos hasta verles de cerca.

—No; no quiero verme cerca de ella, dijo la dama apretando sus blancos y menudos dientes convulsivamente.

—¿Luego persitis?...

—En que es Isabel de Meneses. La he reconocido perfectamente debajo del alquicel con que se abrigaba... ¿Adónde irá?... ¡Dios mío! ¿De dónde vendrá esa muger?

Al decir esto, la dama sollozaba amargamente, mientras Azam, sin saber que hacer ni que decir para lograr mitigar el dolor que hacia llorar á su señora, permanecía mudo é inmóvil como una estatua; y no sabemos cuanto tiempo hubiera permanecido así, si aquella muger, por cuya mente pareció cruzar una idea sombría que vino á sacarla de su inacción, no hubiera exclamado:

«¡Marchemos, Azam!... Es preciso que sigamos á esa gente para saber adonde van á parar. Vamos, Azam, ayúdame á montar... ¡y vamos, pronto!»

Azam hincó una rodilla en tierra, para que, poniendo su señora el pié sobre la otra, pudiera montar fácilmente, y luego que la vió acomodada en la dócil yegua, deseandó complacerla obedeciéndola, se plantó de un salto en su caballo, y volvió á tomar el camino que poco antes habia dejado, siguiendo á la dama.

Hay situaciones que colocan al hombre en el caso de no saber que decir. Azam habia enmudecido ante el dolor de su señora, y no se atrevia á hablar una palabra en el espacio de una hora, que fue el tiempo que necesitaron para llegar á dar vista á Tales.

«Estamos cerca del pueblo y no les hemos encontrado, dijo la dama mirando á Azam.

—Es verdad, señora; pero no por eso dejaremos de verles  
aun cuando se nos oculten.

—No te comprendo; ¿cómo se nos ocultarán?

—Quiero decir que, merced al camino de travesía por donde  
os he hecho venir, hemos llegado á este punto con sobra de  
tiempo.

—¿Y el camino que ellos seguían no conduce á otro pueblo?

—No, señora; pero os advierto que no tardará en

—Entonces, esperaremos detrás de aquellas tapias hasta  
verles venir.

—Sea así, dijo Azam; pero os advierto que no tardará en  
apuntar el día, y el viento fresco que comienza á soplar puede  
haceros mal.

—No importa. Esto diciendo, la dama hizo avanzar su yegua hasta la pri-  
mera tapia que se descubría, inmediata al camino que acababan  
de abandonar.

Azam la siguió como un esclavo y se colocó á su lado.

Jamás la inquietud, la desesperación ni la rabia se pinta-  
ron en semblante humano de la manera que se vieron durante  
algun tiempo en el de aquella muger. Sus ojos humedecidos,  
sus miradas amenazadoras, sus frecuentes movimientos, indi-  
caban la tormenta porque estaba pasando su pobre corazón.  
En vano su impaciencia pedía á los horizontes lejanos y á los  
esposos bosques que le presentasen aquella cabalgada en donde  
los celos la habían hecho descubrir á su rival entre los pliegues  
del alquicel que la cubría: nada, nada descubrían sus ojos es-  
cudriñadores, y cada vez que los apartaba de la ancha faja con  
que se marcaba el camino por entre la espesura del monte, ar-  
rojaba un suspiro que hacia estremecer al pobre Azam, que  
estaba á su lado, el cual, creyendo siempre que aquellos sus-  
piros equivalían á una pregunta, exclamaba: —

«No tardarán.»

El tiempo trascurría; sin embargo de lo que había dicho  
Azam, sin ver aparecer á los cuatro viajeros. La impaciencia  
de la africana iba en aumento; y la luz dudosa del crepúsculo



bañaba ya el paisaje y permitía descubrir claramente la población que tenían inmediata. Algunos atrevidos pajarillos comenzaban á cruzar el espacio, y mas de un habitante del pueblo lo dejaba para ir á ver salir el sol en el campo donde debía trabajar aquel día.

La dama al ver esto y al notar que pronto iba á salir el sol, fijó sus ojos en Azam y le dijo con tono desusado:

«Azam, me habeis engañado: esa gente ya no viene.»

El criado se estremeció ligeramente al oirla hablar de aquella manera, y miró á todas partes como buscando un alma viviente á quien preguntar para dar treguas á la ansiedad que manifestaba tener su señora. En aquel mismo momento vió que un montañés avanzaba hácia Tales por el camino por donde esperaban ver aparecer á los consabidos ginetes.

Azam picó espuelas á su caballo y fue á encontrar al pobre montañés, en quien reconoció á un musulmán al reparar en los gregüesquillos que vestía.

«Hola, buen hombre, ¿de dónde vienes?»

El montañés pareció algo turbado.

«Del monte, contestó despues de un momento de duda.

—¿Y no has encontrado gente en el camino?

—Sí.... he visto tres hombres á caballo que acompañaban

á una muger que iba tambien á caballo.

—¿Con que iba entre ellos uná muger?

—Y debe ser una gran señora, á juzgar por el respeto con

que la miran los que la acompañan.

—¿Y tardarán mucho en llegar?...

—¿Pues qué, la esperais vos?...

—Sí.

—Entonces podeis retiraros.

—¿Cómo?

—Porque no vendrán.

—¿Ha sucedido algo?

—No; no sé, dijo el montañés mirando con recelo á Azam.

—¿Por qué decis que no vendrán?

—Porque han tomado otro camino.

—¡Otro camino!

—Sí.

—¿Cuál?

—Uno que hay á la falda de aquella montaña.

—¿Y adónde conduce ese camino?

—A un sitio donde no iria yo, ni vos tampoco.

—¿Qué sitio es ese?

—La casa del Renegado.

—No la he oido nombrar.

—Entonces no sereis de estas tierras.

—No; pero hace algun tiempo que estoy en este reino.

—Ya comprendo, dijo el montañés; vos sois de los nuestros.

—¿Quiénes son los tuyos?

—Los verdaderos musulmanes.

—En ese caso tuyo soy.

—Lo sé. Os he visto en la Cueva del Lobo.

—Alli he estado.

—¿Deseábais saber algo mas? preguntó el montañés.

—Preguntarte únicamente cuánto dista de aqui la casa del Renegado, y saber el camino.

—Sobre una hora poco mas ó menos, y la senda que se descubre por cima de aquellos corrales, dijo el montañés indicándosela á Azam, os conducirán á ella si quereis visitar á la pobre muger que ha ido sin duda á habitarla por mal de sus pecados.»

Azam hubiera querido saber mas sobre la misteriosa casa del Renegado; pero pensando en la impaciencia con que seria esperado, torció la rienda al caballo, despues de saludar y dar gracias al montañés, y se dirigió adonde estaba su señora, la cual dijo:

«Mucho has tardado.

—¡Es verdad!

—¿Qué ha dicho?

—Que no debemos esperarles ya.

—¿Por qué? preguntó la dama admirada.

—Porque han dejado el camino, y en vez de venir á Tales han ido á la casa del Renegado.

—¿Dónde está esa casa?

—A una hora de aquí.

—¿Hacia qué punto?

—A la faldá de aquella montaña, dijo Azam, señalando la que le había indicado á su vez el montañés.

La dama fijó sus ojos en el monte que le designaba su criado; y este, queriendo complacerla adelantándose á sus deseos, la dijo:

«¿Quereis que vayamos?

—No. Es ya de día y necesito descansar.

—En ese caso voy á proponeros una cosa.

—¿Qué?

—Creo que debemos entrar en el pueblo por el lado opuesto en donde está nuestra posada, á fin de que no nos vean cruzar muchas calles.

—¡Bien!»

Dicho esto, la africana agitó las riendas de su yegua para hacerla andar, y se puso detrás del caballo de Azam que marchaba ya delante.

Un cuarto de hora despues entraban en una antigua y desmantelada posada. Las cabalgaduras relincharon impacientes al olor de las cuadras, y mientras los mozos las llevaban al pesebre, el posadero medio soñoliento preguntaba á Azam quién era el jovencito que había venido con él y que tan rápidamente había abandonado el patio para ir á encerrarse en su cuarto, y en dónde se había quedado la dama que acompañaba. Azam, queriendo hacer una cosa que estuviere á la altura de su carácter sombrío y de la inoportunidad de la pregunta, guardó un profundo silencio y volvió las espaldas haciéndose el desentendido.

## CAPÍTULO XXI.

## La casa del Renegado.

No se había engañado la africana; cuando á pesar de la noche y del alquiel que la cubria reconoció á su rival. Isabel de Meneses, á quien vimos abandonar su alquería en donde dejaba á su hermano entregado á la desesperacion y á su dueña víctima de la sorpresa mas profunda, habia seguido con un valor sin igual á su amante Zelim-Almanzor. A su lado penetró en el pais en donde éste pensaba levantar el estandarte de la guerra, y á su lado siempre cruzó los estrechos desfiladeros y las tortuosas gargantas de la Sierra de Espadan: ni el frio de la noche, ni los rayos abrasadores del sol, ni la escabrosidad del terreno, nada la intimidaron: ni una palabra se escapó de sus lábios por la cual pudiera adivinar su amante que no era una voluntad firme, resuelta y decidida la que la habia impulsado á seguirle á sufrir su suerte, buena ó adversa, á las montañas en donde le aguardaban sus partidarios para dar principio á la campaña. Alguna vez sin embargo, preciso será confesarlo, Zelim-Almanzor, que no apartaba sus ojos de su amada, sorprendia mas de una lágrima en las mejillas de Isabel, y el noble musulman se entristecia repentinamente como si comprendiera toda la inmensidad del sacrificio hecho por aquella muger; pero esto sucedia raras veces, y ya hemos dicho que aparte de estas ligeras nubes de dolor que solian cruzar por la mente de la cristiana, parecia ordinariamente tranquila.

Entre tanto se habian pasado algunos dias y habia llegado aquel en cuya noche debia Zelim-Almanzor hablar á sus partidarios en la Cueva del Lobo, para dar el grito de guerra. El príncipe le vió deslizarse sin atreverse á decirle á su amada que era preciso separarse por algun tiempo. Llegó la noche y

el príncipe permanecía á los pies de Isabel medio recostado sobre sus rodillas contemplando lo puro de su frente y el brillo fascinador de sus ojos, y era indudable que hubiera permanecido así mucho más tiempo, si Farax no se hubiera atrevido á recordarle que los montañeses le esperaban en la Cueva del Lobo.

«Ya acabas de oírlo, dijo entonces el amante mirando lánguidamente á Isabel y arrojando un suspiro que pareció desgarrarle el pecho; mis partidarios me esperan impacientes. Es preciso separarnos.

—Espera un momento más, dijo la cristiana; y el príncipe dejó pasar una hora, que pasó breve como un minuto para los enamorados y larga y eterna como un año para el buen Farax; que esperaba en el mismo pueblo, calmando la ansiedad de los que debían acompañarles á la Cueva del Lobo.»

Eran las diez de la noche y Zelim-Almanzor apretó por última vez la mano de su amada, dispuesto ya á marcharse.

«Mañana, hermosa Isabel, exclamó, las crestas de estas montañas se verán coronadas por mis soldados, y acaso al día siguiente los cristianos vendrán á buscarnos. ¡Oh! la guerra va á comenzar de una manera harto cruel, y es necesario que te veas libre de sus rigores.»

Isabel se estremeció, no tanto por la idea de la guerra cuanto por el profundo sentimiento que en aquel instante la causaba el separarse de Zelim-Almanzor. Sin embargo, comprendiendo luego lo importante que sería la presencia de su amante en el lugar convenido con sus adictos, no se opuso á su marcha.

«¿Cuándo volverás? preguntó la cristiana.

—Tan luego como me sea posible, hermosa mía.

—¿Y nos veremos aquí?

—Aquí ó en donde quieras. ¿Estás contenta en este pueblo?

—No, no.... quisiera ir á esa casa de campo de que me has hablado algunas veces.

—Celebro mucho tu determinación. Es una casa magnífica que he mandado preparar para tí y en donde encontrarás más



comodidades que en esta, sin contar con los atractivos del bello paisaje que la rodea por todas partes. Modum recibió orden de prepararla para tí; y debe estarlo ya. Él mismo te acompañará, junto con mi fiel Müslem y algun otro de íntima confianza, y procurarán satisfacer hasta tus mas leves caprichos.»

En efecto, el príncipe habia mandado llevar muebles á la casa de campo de que hablaba, pensando en que la necesidad de estar entre sus soldados le obligaria á separarse de su amada; juzgó que en ninguna parte podria hallarse mejor, pues aquella casa se hallaba situada en un frondoso valle al pié de una cordillera de montes y cerca del pueblo de Tales, en donde podrian los criados que ponía á su servicio encontrar cuanto necesitaran.

«Marcha, Zelim, marcha,» dijo la cristiana viendo que Farax se atrevia á presentarse por tercera vez en la puerta del aposento en que se hallaban los amantes á recordar al príncipe que eran las diez de la noche y que la impaciencia iria en aumento en la Cueva del Lobo.

El príncipe dió el último adios á su amada, prometiéndola ir á visitarla en su nueva morada tan luego como le fuera posible, y la noble valenciana sintió conmovido su corazon hasta en sus mas delicadas fibras al pensar que iba á verse lejos de su amante por algun tiempo. Horrible momento fue aquel en que la jóven, comprendiendo toda la inmensidad de la falta que habia cometido, sintió resbalarse por su imaginacion las mas desconsoladoras ideas. Sin embargo, preveyendo que una palabra suya en aquel instante podria hacer á Zelim-Almanzor cambiar de rumbo en sus proyectos, se esforzó en aparecer tranquila, y aun tuvo valor y fuerza de energía bastante para dejar asomar á sus lábios una ligera sonrisa que hizo menos cruel aquella triste separacion.

Tres fueron los elegidos para acompañar y servir á la cristiana en la nueva morada en donde debia esperar el éxito de la guerra. El que debia ejercer las funciones de mayordomo y gefe de los otros dos criados, era un africano que habia seguido á Zelim-Almanzor en sus campañas y en sus arriesgadas em-

presas. El respeto, la inteligencia y la fidelidad eran los caracteres distintivos de este africano de valor probado y de rostro afable, cuya voluntad se habia reasumido hacia tiempo en la de su noble señor. Modum pensaba de diferente manera que Farax y de todos los que veian en el amor del príncipe á la cristiana Isabel de Meneses un motivo de serios temores y de futuras desgracias: habia sabido que su señor la amaba, habia visto que la dama era por su parte digna de aquel amor; y no se cuidó de mas, y comenzó á hacerla objeto de sus mas finos y atentos cuidados. El príncipe vió esto con satisfaccion, y cuando llegó el caso de encomendar el cuidado de tan precioso tesoro á una persona, buscó entre su servidumbre al fiel Modum, al compañero de las batallas, al que tantas pruebas de cariño y respeto habia dado, ora participando con él de los riesgos de la guerra, ora asistiéndole cuando habia estado herido, con el esmero é interés de un padre. Muslem fue el otro elegido por el príncipe para acompañar á su dama, y la inteligencia y perspicacia de este hijo de Fez contrastaba con la oscura y taciturna cara de Almenar, morisco y musulman de corazón, que habia abrazado la causa de Zelim-Almanzor con toda la fé y ceguedad de las almas de un orden inferior.

Dispuesto todo de esta manera, Modum acomodó á la cristiana en una buena mula que de antemano habia sido buscada para ella, y en seguida montó en su caballo, mientras Muslem y Almenar hacian lo mismo en los suyos respectivos para seguir á Isabel de Meneses, que habia salido ya de la casa cabalgando en la ligera mula que Modum habia puesto á su disposición.

Los pobres vecinos del pueblo se asomaron á las ventanas de sus casucas al oír por segunda vez, en aquella noche, pisadas de caballo en las calles; y al ver entre los ginetes una cristiana, formaron mil comentarios pensando en quién podria ser la dama y adónde la conducirian los partidarios de Zelim-Almanzor á hora tan avanzada.

Mientras cada cual á su manera procuraba explicar la entrada y salida de aquella muger en el pueblo de donde eran

vecinos, la que era objeto de tales conversaciones y de aquellos diálogos sostenidos en las calles, ó entablados de una ventana á otra, seguía avanzando á buen paso hácia la casa del Renegado.

Mas de una hora hacia que caminaban, y Modum no había tenido el gusto de ver desplegar los lábios á Isabel. Era indudable, y así lo comprendió el africano, que la noble valenciana sufría mucho. Hay dolores tan dignos de ser respetados, que nadie se atreve á hacerles frente con palabras de consuelo, y es que sin duda, para ciertos padecimientos, no hay voces en el lenguaje humano que puedan servir de lenitivo. Modum adivinó cuanto debía sufrir la cristiana al verse separada de su amante y al pensar en los graves peligros que iba á correr, y calló y no se atrevió á romper el silencio que cual un fantasma sombrío les había acompañado desde que habían salido del pueblo.

Quando llegaron á un punto en donde el camino se estrechaba de manera que no permitia el que caminasen dos á la par, Modum picó espuela á su caballo para colocarse delante de la dama, con objeto de servirla de guia, y al pasar por junto á ella la oyó decir que sentía frio. Entonces fue quando Modum se despojó de su alquicel para que se abrigara la cristiana, la cual no opuso resistencia. Despues volvió á reinar el mismo silencio.

En la ocasion en que las pisadas de las cabalgaduras llegaron á oídos de la africana, á quien vimos en el capítulo anterior reconocer, á pesar de la noche, á su rival quando cruzaba temblando de miedo el camino que ella y Azam habían dejado espedito, oyeron tambien Isabel y los suyos las pisadas del caballo de Azam y de la yegua de la africana. Isabel se estremeció ligeramente y detuvo su mula instintivamente como si la amenazara un gran peligro, pero luego pareció tranquilizarse al oír que el impasible y valiente Modum la decia:

«No tengais cuidado; esas gentes que caminan delante de nosotros deben ser habitantes del pais, que llevarán granos á algun mercado. Es costumbre entre ellos caminar de noche para entrar los primeros en las plazas.

Isabel siguió avanzando, pero no por eso las cosas parecían disponerse para que la tranquilidad y la confianza se consolidaran en su corazón; pues casi al mismo tiempo que había tocado suavemente á la mula con su talon, sucedió, cosa singular, que dejaron de oirse las pisadas de las caballerías que les precedían.

Modum arrugó el entrecejo y lanzó miradas investigadoras por el espacio; deseando encontrar la solución de aquellas pisadas tan repentina é inesperadamente interrumpidas; luego avanzó con su caballo para ver si lograba hallar á los que poco antes parecían caminar á corta distancia, delante de ellos.

Esto sucedía, como el lector comprenderá, cuando Azam y su señora escondidos detrás del matorral sujetaban la respiración y alargaban el cuello para ver pasar á Isabel y á los que la acompañaban.

«¿No has visto á nadie? preguntó la cristiana.

—No, no señora, contestó Modum mirando á todos lados.

—¡Es singular!

—¿Quereis que reconozcamos el terreno? dijo Muslem.

—No, se apresuró á contestar la cristiana; mejor será que espoleeis á vuestros caballos para salir pronto de aquí.

—No temais, señora, dijo Modum volviéndose hácia la dama, pues seguía caminando delante de ella; esa gente era sin duda, como he dicho, del país, y habrá tomado esta senda que conducirá á alguna masía ó casa de campo.»

En efecto, en el punto donde Modum se había detenido se veía cierta senda que cual una faja se perdía en la espesura de un bosque.

La oportuna y lógica reflexión hecha por Modum tranquilizó completamente á Isabel, quien por su parte acababa de ver la senda de que le había hablado Modum y por la cual creían que se habrían internado en el bosque los que tanto recelo les habían causado. Sin embargo, el africano, á pesar de lo que había dicho, no parecía tenerlas todas, y despues de haber procurado animar á su señora murmuró; mirando y remirando á derecha é izquierda del camino:

«Alguien nos espía....» Entre tanto siguió, avanzando, y á su ejemplo hicieron lo mismo Isabel, que se habia sobrepuesto á su temor, y Muslem y Almenar que parecian no cuidarse ya de lo que acababa de suceder; y como nada les impedia el caminar de prisa, y como las cabalgaduras eran buenas y el camino fue mejor cuando salieron del bosque, pudieron recobrar el tiempo que el miedo y el recelo les habia hecho perder.

El dia comenzaba á dejar ver sus nubes sonrosadas y la claridad iba triunfando de la noche, cuando Isabel y sus acompañantes vieron dibujarse en el horizonte la casa del Renegado.

Bandas de alegres pajarillos cruzaron por el espacio, y la brisa de la mañana comenzó á agitar las copas de los árboles, mientras que la luz dudosa del crepúsculo matutino permitia entrever los detalles del cuadro que vamos bosquejando.

Isabel, á pesar de sus recuerdos y de su atolondramiento, no pudo menos de levantar la cabeza, mas bien que para saludar el risueño dia, para admirar el hermoso paisaje que se ofrecia á sus ojos. Verdad era que no encontraba en él bosques de naranjos ni campos de raras y olorosas flores como los que se estendian alrededor de la alquería de Montblanc, pero en cambio veia nogales gigantescos que prometian amparar con sus sombras al pobre labrador durante las horas en que el sol atormenta con sus rayos; á lo lejos se perdía la vista en los bosques de olivos, y en último término se dibujaban elevadas montañas. Trigos, cebadas y árboles de fruto y sombra se estendian ó se alzaban alrededor de la casa del Renegado, y nada parecia faltar allí para hacer agradable la vida durante una pequeña temporada. El edificio presentaba un aspecto risueño, y parecia ser susceptible de algunas mejoras que podrian hacerle mas bello; sin embargo, sus elevadas y bien conservadas paredes y sus numerosas ventanas, manifestaban que en sus habitaciones debia encontrarse la comodidad.

A medida que Isabel fué avanzando hácia la casa del Renegado, encontró nuevos atractivos en los floridos campos que cruzaba su mula, la cual al ver el verde tan cerca alargaba el



cuello para morder las espigas que se inclinaban hácia la senda que seguía. Modum sujetaba corto su caballo para impedir que hiciera lo mismo que la cabalgadura de la dama, y al ver que la cristiana parecía admirar con aire de satisfacción la florida llanura que cruzaban, exclamó:

«¿Qué os parece este paisaje? ¿os agrada la casa que vais á ocupar?»

—Sí, contestó Isabel; el terreno parece fértil y productivo y no carecen de belleza los panoramas que por todas partes se descubren.

—Esta tierra es productiva cual puede serlo la que se estiende alrededor de Valencia.

—Sin embargo, esa casa parece estar completamente deshabitada.

—La familia que la ocupaba se ha trasladado á otra que está á la falda de aquel montecillo, para dejar esta á nuestra disposición. El príncipe me previno que quedásemos solos en ella; sin embargo no por eso os faltará nada. El poderoso señor á quien servimos ha tenido buen cuidado en hacer traer del pueblo inmediato y de Valencia cuanto ha creído que podría necesitar para vivir con comodidad una persona de vuestro rango. Además, nosotros tres estaremos á vuestras órdenes de día y de noche, y sereis servida y complacida en cuanto mandeis. Nuestros caballos son de buena raza y los haremos volar cuando se trate de obedéceros.

Isabel pagó estas palabras, que revelaban el zelo con que Modum se hallaba dispuesto á servirla, con una ligera sonrisa. La calma parecía haber recobrado su perdido imperio en el semblante de la jóven, y contribuía á ello no poco el considerar que en la situación en que se habia colocado habia encontrado criados cuidadosos y hombres decididos.

Entre tanto habian llegado á la casa del Renegado.

Modum se apeó el primero de su caballo y sacó del bolsillo de su marlota una llave, con la cual abrió la puerta. Entonces Muslem, que se habia tambien apeado, cogió la mula que montaba la dama de la brida y entraron en el ancho y espacioso patio.

Modum abrió una puerta que daba á un corralon, y un torrente de luz penetró por aquella parte que daba al Mediodia: en seguida se acercó á la cristiana y puso una rodilla en tierra, mientras Muslem sujetaba la mula, para hacer mas fácil y cómodo su descenso.

Modum notó al sentir el menudo pié de la dama sobre su muslo derecho, que temblaba ligeramente, y esto no dejó de sorprenderle despues de haberla visto acercarse y penetrar resuelta en la casa del Renegado, mayormente cuando nada habian encontrado hasta entonces en ella que justificara aquel ligero temblor que Modum habia notado y que manifestaba ser intérpreté del miedo.

Paralela á la puerta por donde acababan de entrar habia otra grande que era la que Modum habia abierto y que daba paso á un espacioso corral, en el que acababa de entrar Almenar conduciendo del diestro las cabalgaduras: á la izquierda se encontraba la escalera que conducia á las habitaciones del primer piso, y otras dos puertas que alli se descubrian daban la una á un huertecillo al cual se podia llegar tambien por otra que habia en el corral, y la segunda á una espaciosa cocina bajo de cuya gran campana podian sentarse á gozar del fuego en el invierno una docena de personas. No era pues el aspecto interior de la casa lo que le habia conmovido el corazon á la dama como habia juzgado el africano, habíala afectado el silencio que reinaba en ella. Sintió al entrar en el anchuroso pátio ese ligero terror que con frecuencia nos produce una casa mucho tiempo deshabitada al poner los pies en ella; y hubo mas, el alma supersticiosa de la cristiana creyó que algo de funesto debia encontrar en aquella morada.

Modum, que en silencio habia observado á la jóven, creyó que era preciso sacarla de la preocupacion en que parecia estar respecto á la casa en que habian entrado, y se apresuró á decir:

«Este patio está algo desmantelado, pero en cambio encontrareis mas arriba habitaciones cómodas y espaciosas, desde cuyas ventanas se descubren hermosos puntos de vista.»

Isabel, queriendo sacudir su necio é infundado miedo, dió un paso y puso el pié en la escalera para subir á los aposentos de que la habia hablado el africano. Sin embargo, su temor superó á la resolucion que la habia obligado á subir el primer escalon, y se detuvo en él.

«¿Teneis miedo? preguntó Modum.

—No puedo hacerme superior á él.

—¿Quereis que suba yo primero?

—No, subid conmigo, á mi lado.»

Modum, siempre dispuesto á servir á la dama, y gozándose en ello, la obedeció con muestras de satisfaccion.

La escalera por donde acababan de subir les condujo á una especie de recibidor, en el cual se veian dos grandes ventanas con vista al huertecillo. Frente á la puerta por donde habian entrado en el aposento en que se encontraban, habia otra que comunicaba con la cocina, y la cristiana al asomarse á ella quedó no poco admirada al ver en ella varias clases de vajilla, y algunas de ellas de un gusto exquisito. Modum abrió luego otra puerta paralela á las ventanas y llegaron á un salón bastante espacioso y amueblado con un sofá de damasco y una docena de sillones de la misma tela; tres ventanas ocultas debajo de los pliegues de otras tantas cortinás de seda verde que templaban los rayos del sol y hacian que la claridad fuese tibia y dudosa, permitian ver hasta los montes mas lejanos. El terreno que desde alli se descubria no podia ser mas pintoresco. La cristiana tocó con sus delicadas manos la rica tela de seda de los cortinajes, la cual, sea dicho de paso, parecia haber salido el dia antes del almacen del fabricante, y quedó no poco satisfecha del lujo con que se la habia preparado aquella morada.

A la izquierda de la puerta por donde habian entrado se descubria otra mas pequeña, y el africano Modum fijó en ella sus ojos como indicando á Isabel que la abriera. Hizolo ésto asi, asaltada por una curiosidad infantil que hizo sonreír al cuidadoso criado.

Isabel habia previsto, y el africano lo habia comprendido

asi, que aquella puertecita debia dar entrada á algun gabinete dispuesto para ella por su amante.

Era aquel en efecto el aposento que Zelim-Almanzor la habia preparado, y nada faltaba alli de lo que los hombres de gusto suelen trasladar de los bazares á los aposentos destinados á una dama noble, rica y elegante. Los cortinajes que ocultaban la alcoba y la ventana que daba al huertecillo eran de rica y doble tela de seda color carmesí; los sillones de madera perfectamente labrada, y la mesita que habia junto á la ventana se veia atestada de frascos y redomas, con tapones de plata, que contenian esencias esquisitas y extractos admirables que el príncipe habia hecho buscar á sus criados para que añadiesen el último hechizo á la hermosa dama á quien estaban destinados.

Isabel quedó sorprendida al ver tanto objeto de lujo en aquella casa en donde se habia creido carecer de muchas cosas. Lo que acababa de encontrar era verdaderamente admirable, y Modum se sonreia viendo las señales de sorpresa que se marcaban en el semblante de la cristiana á cada nuevo objeto que descubria.

«Estais en el aposento que el príncipe destinó para vos, dijo Modum sonriéndose satisfactoriamente, el cual ha sido amueblado con particular esmero juzgando que seria el que mas debia agradaros.

—En efecto es asi. Yo por mi parte lo hubiera elegido tambien, exclamó Isabel acercándose al alfeizar de la ventana para contemplar el paisaje que se descubria.

—Vuestra vista puede recrearse á todas horas, dijo Modum, admirando los cuadros que frecuentemente os ofrecerán el pobre labrador que se afana en cultivar los campos, la jóven aldeana que cruza por ellos entonando amorosas canciones, ó el solitario pastor que conduce su ganado por las estensas faldas de esas vecinas montañas, y si os agradan las flores podreis tambien admirar las que crecen en el huertecillo que se estiende al pié de la ventana, sin que la mano de ningun jardinero haya cuidado de ellas.»

Isabel observó todo lo que se estendia ante su vista, y fijó

particularmente su atención en el huertecillo de que acababa de hablarle Modum. No encontró en él, es verdad, esa simetría que forma la belleza de los jardines, pero en cambio halló árboles frutales que habían crecido prodigiosamente á impulsos de una vegetación vigorosa, muchos rosales, madreselvas, alelíes, y otras plantas que ostentaban, merced á la suave temperatura de mayo, flores cuyas perfumadas esencias llegaban hasta el aposento en que ella se encontraba.

Modum estaba completamente contento. La tranquilidad que se notaba en el semblante de la cristiana había reflejado en el suyo. Sus ojos brillaban de alegría y la sonrisa no se apartaba de sus labios; pero comprendiendo luego que la dama tendría deseos de quedarse sola para entregarse á sus amorosos recuerdos, se despidió de ella despues de haberla advertido que sobre la mesa quedaba un silbato para que pudiera llamarles cuando quisiera.

Isabel permaneció algunos momentos, despues de haberse quedado sola, en la ventana; y luego, apartándose de ella, fue á sentarse en un sillón que habia junto á la mesa; que la prodigalidad de su amante habia convertido en un bazar de objetos de loza, cristal y plata. Preciso será decir al lector lo que pasaba por el alma de aquella muger á quien tan contenta suponía Modum.

¡Pobre Isabel! cuán lejos estaba su corazón de aquella satisfacción que el africano creía encontrar en ella. Era cierto que en algunas ocasiones lograba hacerse superior á sus recuerdos y á sus funestos presentimientos; pero en cambio ráfagas de desesperación pasaban á veces por su mente; y el remordimiento de su falta habia comenzado á gritar en su aterrada conciencia. No era ya aquella jóven toda pureza, toda candor, tan respetada, tan querida, tan admirada entre la aristocracia valenciana, sobre cuyas mugeres se habia distinguido por su belleza. Habia perdido, sin dejar de ser hermosa, ese atractivo, esa esencia que exhala una flor sobre la cual nadie se ha atrevido á poner su mano; habia perdido su primitiva pureza, y sus miradas no reflejaban ya la inocencia de su alma. Sin



embargo, la noble valenciana estaba hermosa; era necesario profundizar mucho para comprender que sus ojos habían perdido el atractivo del candor que algún día los hiciera tan interesantes, cuando llenos de fé se elevaban al cielo orando por su madre ó pidiendo á Dios por la libertad de su hermano.

¡Miserable fragilidad humana!

Isabel había hecho cuanto hace la muger cuando se siente dominada por un hombre y encadenada á él por una pasión. La había dicho que le siguiese y le siguió, sin saber adonde debía ir á parar, sin pensar en los riesgos que podía correr; no había pensado en que su amante pertenecía á otra religión, ni menos se le ocurrió que iba á oír el estruendo de las armas. Se había dejado llevar de los impulsos de su corazón, pero la idea del deber no había perdido su influjo en su alma. Isabel no era una de esas mugeres de ojos negros y mirada centelleante que convierten en átomos el corazón mejor templado, y que escarnece la virtud con sonrisa desdeñosa; no había necesidad de llegar hasta Eva, personificación del mal, para hallar la esplicacion de la falta cometida por Isabel; no era como la muger de la Biblia nacida para ofrecer la manzana al primer hombre, ni como la encantadora Danae que obligó á Júpiter á convertirse en lluvia de oro, no; era por el contrario, la muger tal cual la conocemos despues, conjunto agradable de belleza y debilidad que espía desde hace muchos siglos el pecado cometido en el Paraiso.

La casa era magnífica, el mueblaje lujoso, la naturaleza mostraba por doquier sus galas y sus flores; el príncipe debía venir á verla con frecuencia, un día podría traerle una corona, y sin embargo, poco despues que Modum había salido del aposento, Isabel ocultó su cabeza entre sus manos y lloró amargamente.

## CAPITULO XXII.

**El campamento de Zelim-Almanzor.**

Habian vuelto á brillar aquellos dias en que nadie se creía seguro y en que todos buscaban un lugar en donde ocultarse, sitios para esconder sus tesoros y armas con que defenderse del enemigo.

Las escitaciones de los que pretendian ver á España bajo la mas perfecta unidad religiosa, y la cédula del 4 de abril de que nos hemos ocupado, habian producido su efecto. La guerra habia comenzado y los musulmanes y los moriscos en su mayor parte acudian á las montañas de España á ponerse á la sombra de la bandera liberticida que hacia algunos dias ondeaba en sus mas elevadas crestas. Habian vuelto á reproducirse las sangrientas escenas de otros tiempos. El odio de raza habia resucitado en el corazon del verdadero musulman, y antes de ir á ponerse á las órdenes de Zelim-Almanzor, busca á su enemigo en el silencio de la noche y hunde el puñal en su pecho. Tambien las teas incendiarias brillaron en aquellas noches de espanto y de terror, y mas de una alquería habitada por cristianos fue convertida en cenizas. Los floridos campos valencianos habian sido manchados con sangre cristiana, y la justicia habia recogido varios cadáveres horriblemente mutilados.

Los alfarqués de los pueblos algun tanto distantes de la ciudad, y en los que no habia asomado aun su cabeza la conversion hasta entonces, pero que habian sido advertidos para que dispusiesen sus almas á recibirla, no pudieron contener por mas tiempo á sus subordinados, y creyendo ya llegado el caso de habérselas con sus enemigos, desenvainaron sus alfan-

ges, y se pusieron en marcha para ir á aumentar el número de los que ya se habian sublevado.

Habia un musulman que causaba profundo espanto á los cristianos. La historia nos ha ocultado su nombre y nos ha dicho solo que se llamaba el Tuerto. Este feroz aragonés que se habia dado á conocer á los cristianos entre sangre, fuego y escombros en la sublevacion de Benalguacil, que él habia capitaneado, apareció de nuevo en el reino de Valencia y se presentó en los pueblos que tan adictos se le habian mostrado hacia algunos años. Benisanó, Betera, Villamarchante y el mismo Benalguacil, teatro de sus primeras hazañas, le ofrecieron sobre dos mil hombres, que en su mayor parte habian combatido ya á su lado.

El Tuerto no ignoraba los planes de Zelím-Almanzor ni los recursos con que contaba; sabia tambien el entusiasmo con que habia sido recibido por los moriscos valencianos, que en gran número habian acudido á Espadan. El príncipe tambien habia oido hablar del valor y pericia militar del héroe de Benalguacil, y sentia mucho no poder contarle ya entre sus gefes. Un dia, hallándose el príncipe en su tienda, recibió una carta que un musulman le entregó. Abrióla al momento y leyó estas palabras, garrapateadas por una mano bien torpe.

«Por la gracia del Altísimo, cuyo poder sea para siempre  
» venerado y glorificado, y cuya divina palabra sea ensalzada,  
» y bajo la proteccion de las santas almas de los cuatro amigos,  
» Abu-Bekr, Osmar, Osman y Alí, has llegado al delicioso país  
» en donde reinaron tus gloriosos antepasados, y que oculta las  
» cenizas de tu noble abuelo Kalender-Zeit que hace cien años  
» halló su tumba en donde creia encontrar un trono. Hombres  
» de entera confianza me han enterado de tus proyectos y de  
» los medios con que cuentas para realizarlos, y no he vacilado  
» un momento en acudir al reino donde un dia combatí al ene-  
» migo; á quien podremos combatir mañana juntos. Evito el  
» presentarme desde luego en tu campamento, porque quiero  
» hacerlo cuando pueda llevar una buena columna de gente re-  
» clutada por mí. No duermo ni de noche ni de dia, y mi al-

» fange no se aparta de mi lado. ¡Que la justicia divina, cuyo  
 » nombre sea bendecido, nos haga fácil el bien que deseamos!  
 » ¡Que sus miras aparezcan claras como el día!—*El Tuerto.*»

Zelim-Almanzor mandó entregar al emisario portador de la carta que acababa de leer, una bolsa de oro en prueba de lo grato que le habia sido el saber que podia contar con un gefe tan valiente y decidido como lo era el Tuerto, y la siguiente epístola con que el príncipe creyó oportuno el contestar á la que acababa de recibir.

«La carta que has dirigido á mi persona, y que me ha en-  
 » contrado en mi campamento, asilo hoy de todos los buenos  
 » creyentes, me ha llenado de satisfaccion y ansío el momento  
 » de verte á mi lado para darte testimonios de mi aprecio. En  
 » estas circunstancias en que los musulmanes valencianos se  
 » veian amenazados con el destierro ó la conversion, y en que  
 » los pobres moriscos se han visto precisados á oír la misa en  
 » las iglesias de los cristíanos, que antes habian sido mezquitas  
 » donde se habia hecho el *namaz* (1), he creido deber mio acu-  
 » dir á ponerme al frente de una sublevacion que estaba en el  
 » corazon de todos, y que tambien sin mi llegada hubiera acaso  
 » estallado. Hace muchos siglos que mis antepasados (cuya úl-  
 » tima morada ilumine Dios) han tenido sus ojos fijos en este  
 » reino, y ninguno de ellos se ha negado jamás á cruzar el Me-  
 » diterráneo para combatir á los que hace trescientos años los  
 » arrojaron al África. La suerte les fue adversa siempre, sin duda  
 » porque no vinieron en ocasion oportuna. El trato de los ven-  
 » cedores no era tan duro en aquellas épocas, y no habian pen-  
 » sado en privar de su religion á los vencidos; pero hoy que  
 » todo lo intentan y que se les amenaza con el destierro, se  
 » agrupan á mi alrededor, deseando morir combatiendo antes  
 » que ver profanadas para siempre sus mezquitas. El éxito pues  
 » de la guerra no me parece dudoso; cuento con todos los ele-  
 » mentos que proporciona el entusiasmo, y con poderosos auxi-  
 » lios exteriores.

(1) Oracion canónica de los mahometanos.

« Si mas deseas saber, pregúntalo á tu enviado, y él te dirá  
« cuál es el estado de mi campamento y el número de mis sol-  
« dados. Dada en la década de la luna del rebí segundó año  
« novecientos treinta y uno. — *Zelim-Almanzor.* »

Quando hubo marchado el emisario del Tuerto, Zelim-Almanzor mandó llamar á los capitanes y oficiales de su corte y les leyó la carta que acababa de recibir. Los que con él habian venido de África la oyeron leer indiferentemente, mientras Ajem, Farax, Ajib, Gazul y algun otro, que habian oido hablar del valor y pericia militar del Tuerto, parecieron no poco complacidos al poder contar con un gefe que tanto ascendiente habia alcanzado entre los moros y que tanto horror causaba á los cristianos.

El príncipe quiso luego, al ver reunidos en la tienda á sus capitanes, saber con cuanta gente podria contarse ya y cuantos se hallaban en disposicion de marchar. Las noticias no pudieron ser mas satisfactorias; el número de los que habia en el campamento ascendia á ocho mil, de los cuales habia cuatro mil perfectamente armados, equipados y racionados para tres dias. Farax habia hecho llevar al campamento, en la noche anterior, mas de veinte mil raciones, y habia mandado preparar doble número en los pueblos situados á la falda de las montañas que ocupaban. Ajem por su parte se habia ocupado en hacer conducir al campamento todas las armas que habian recibido de Fez y de Argel, cuyo número ascendia á cincuenta mil.

El príncipe se sonrió al saber el estado de su ejército, y considerando que era ya ocasion de intentar algo para sorprender al enemigo, exclamó fijando sus ojos en Josuf, que era uno de los que habian abandonado el servicio de Soliman por seguirle á Valencia:

« Esta misma noche, valiente Josuf, te pondrás en marcha al frente de dos mil hombres, y el sol de mañana debe encontrarte en los campos de Villareal. Si tuvieses noticia de que en este ó en algun pueblo inmediato habia gente dispuesta á hostilizarte; no rehuys el presentarles la accion, pero calcula las



probabilidades de su buen éxito. Piensa que una derrota ahora sería una verdadera desgracia. Si tus espías te advierten de que no hay tropas que puedan impedirte el llegar á las orillas del Júcar, es necesario que mañana tus caballos beban las aguas de este río. Sueca, Cullera, Silla y Aljemesí, desean ver ondear entre sus bosques de naranjos el pendon de la media luna. Si, como no dudo, tu ejército se aumenta con los moriscos que habitan estos pueblos, no vaciles en llegar hasta Alcira, en donde te será fácil entrar. Allí encontrarás zelosos agentes que se pondrán á tus órdenes con gran número de alistados, y además conviene que en este pueblo te proveas de buenos caballos. En la ribera del Júcar los hay abundantes, y tan luego como logremos organizar un buen cuerpo de caballería, seremos dueños del país.»

Josuf prometió cumplir todas las prevenciones que el príncipe acababa de hacerle, y como ardía en deseos de ponerse en marcha, dió un paso para salir de la tienda.

«Espera, Josuf, dijo el príncipe,» y el africano se quedó inmóvil en el sitio adonde habia llegado.

Zelim-Almanzor miró á Aben-Rafi, otro de sus capitanes, que apenas contaria veinte y ocho años, y le dijo:

«Tú, Aben-Rafi, marcharás tambien esta noche al frente de dos mil hombres, y como el terreno que debes cruzar es montuoso, llevarás gente de á pié. Conviene que mañana acampe tu columna en las inmediaciones de Chelva; allí verás engruesar tus filas si antes no se han reunido á tu gente los moriscos de Andilla, Alcublas y otros puntos, como lo han ofrecido. Sigue luego el Turia hasta Ademuz, y en los pueblos que se levantan á su orilla hallarás tambien moriscos dispuestos á seguirte. Ahora, añadió el príncipe, permitidme que os dé á los dos algunos consejos respecto á la conducta que debeis observar en vuestras expediciones. Si encontrais apatía en algunos pueblos, si la paz hubiese amortiguado los resentimientos de nuestros correligionarios y prefiriesen vivir en el seno de la religion cristiana, dejadles vivir en su abyeccion. Por lo demas, á vosotros confio el éxito de estas primeras escursiones. Yo no podré

estar en todas partes, y vosotros, valientes caudillos, tendreis muchas ocasiones de obrar por cuenta propia y segun vuestra voluntad; oid pues cuáles son mis deseos, para que procureis ajustar á ellos vuestra conducta. Os encargo principalmente, nobles musulmanes, que no trateis con aspereza á los soldados. En cada una de las dos columnas irán algunos moriscos concedores del pais, á quienes podeis oir y consultar cuando lo creais necesario. Abén-Zulfk irá á tu lado, Josuf, y sus consejos podrán servirte de mucho; y Dabud Ben-Aixa te acompañará á tí, Aben-Rafi; ambos son personas de influencia y además muy zelosos partidarios de la independenciam de su pais. Los pueblos que habeis de recorrer les conocen perfectamente, y si lo juzgais oportuno, podeis hacer que sus májicas voces resuenen en las plazas predicando la santidad de la guerra con que les brindais. No obreis nunca con precipitacion; el obrar así no puede perdonarse cuando se comprometen la felicidad y la esperanza de un pueblo. Acordaos que sois descendientes de Ismael. Cuando Dios se os muestre propicio haciendo que triunfeis de vuestros enemigos, no abuseis de la victoria ensangrentándoos con los vencidos. No atropelleis á los niños, respetad á los ancianos, y no hagais mas dura la suerte de los pueblos conquistados con vuestros rigores. No destruyais, ni taleis, ni incendieis; pensad que la victoria puede hacernos dueños del pais, y entonces os arrepentiriais de vuestros mismos excesos. Procurad que la franqueza y la lealtad presidan en todos los tratos y convenios, si os viéreis precisados á hacerlos. Si os engañan, los engañadores saldrán peor parados, porque su conciencia les remorderá, mientras que vosotros, obrando noble y lealmente, podreis dormir tranquilos las horas que consagreis al sueño. Podeis marchar ya, dijo el príncipe despues de una breve pausa; id á preparar la gente para que esta misma tarde pueda yo revistarla.»

Josuf y Aben-Rafi prometieron no apartarse en nada de las instrucciones dadas por el príncipe, y salieron de la tienda para mandar tocar llamada y poner sus respectivas columnas en disposicion de esperar la revista anunciada.

Quedaron al lado del príncipe Ajem , Farax , Gazul , Ajib y algunos otros oficiales y criados.

El sol estaba á mas de la mitad de su jornada cuando Zelim-Almanzor montó en su noble Javel , que habia sido magnificamente enjaezado. Farax se puso á su lado cabalgando en una yegua rodada, y Ajem fue á colocarse tambien al lado del príncipe montado en un dócil caballo que agitaba las cines deseoso de lanzarse á la carrera. Tambien Sakfan el africano se puso de un salto sobre el suyo , y el noble bruto quiso encabritarse indignado de que el jinete no hubiese puesto el pié en el estribo para montarle ; pero la mano de hierro del capitán le sujetó , y haciéndole dar fuertes resoplidos , le condujo como un cordero á colocarse detrás del príncipe.

Una inmensa multitud coronó las alturas de los montes y las colinas inmediatas , para ver como Zelim-Almanzor pasaba revista á los que debian ser los primeros en marchar en busca del enemigo. Oíanse los militares sonidos de las cajas y atambores , brillaban las armas por todas partes , y hasta los caballos , queriendo manifestar de alguna manera su contento al ver aquellos aparatos de guerra , relinchaban y caracoleaban despreciando el látigo de los jinetes.

Farax , que se habia colocado como hemos dicho al lado del príncipe , habia llegado al máximo de la alegría. Su semblante parecia tener la frescura de los años juveniles ; sus ojos brillaban bajo la influencia del entusiasmo , y de vez en cuando se movia sobre su yegua , como si ardiese en deseos de verse ya frente al enemigo. No era menos notable la trasformacion que se notaba en su traje , y acaso este tambien contribuia á hacerle aparecer mas jóven. La ropilla de estameña habia sido reemplazada por una rica marlota , y en vez del calzon de paño oscuro se descubria bajo de su blanco albornoz uno color de grana , tan ancho como era costumbre entre los turcos ; cubria su cabeza un blanco turbante , y pendia de su cintura uno de los seis sables de hojas damasquinas que el príncipe habia conservado en su armería con particular cuidado , y que el dia anterior habia tenido á bien regalárselo á Farax en testimonio del aprecio con que le miraba.

Cuando despues de media hora de marcha hubieron llegado al campo donde habian formado las columnas espedicionarias, una emocion profunda se pintó en los semblantes del príncipe y de los que formaban su escolta. Sin embargo de que este estaba acostumbrado á mandar buenos soldados, no pudo menos de admirar el militar aspecto de las tropas que iba á revisar. Imposible parecia que en tan pocos dias hubiesen podido Josuf y Aben-Rafi convertir en soldados los grupos de moriscos que habian llegado desbandados al campamento.

Aben-Rafi acudió á ponerse al lado del príncipe, e interin Josuf quedó al frente de las columnas formadas en orden de batalla con sus gefes á la cabeza, sus atambores y sus clarines.

«¿Qué os parecé nuestra gente? preguntó Aben-Rafi.

—Mi admiracion, dijo el príncipe, ha sido extraordinaria al encontrar soldados donde yo creia ver solo labradores y campesinos armados.

—En pocos dias hemos podido hacer pocas cosas; sin embargo, comprenden ya los toques de las cajas, marchan regularmente, no maniobran mal, y han aprendido el manejo de las armas.»

El príncipe oyó admirado lo que acababa de decir el intrépido Aben-Rafi, y fue mayor su asombro y el de sus acompañantes cuando á una señal de Josuf vieron como las dos columnas avanzaban acompasadamente y sin perder la formacion al sonido de los atambores.

Josuf hizo maniobrar á sus soldados durante media hora. Aben-Rafi quiso tambien que el príncipe admirara los adelantos de su tropa, y vió que se movian con la misma regularidad y precision que las de Josuf.

«No cabe duda que habeis traído los mejores organizadores del mundo, exclamó Farax regresando hácia la tienda.

—Han servido á mi lado, y sé lo que valen esos dos capitanes, dijo el príncipe con cierto aire de satisfaccion.

—Sin embargo, añadió Ajem, no es aqui en donde se puede ver todo lo que son. En la primera batalla lo sabreis.»

## CAPITULO XXIII.

## El Tuerto.

Eran las tres de la tarde del siguiente día. Allí sentado sentar Zelim-Almanzor se hallaba en su tienda de campaña sentado en una magnífica alfombra que parecía formada de flores y recostado sobre un mullido almohadon galoneado de oro.

Si los diez mil moriscos que se movian alrededor de su tienda hubieran dudado del éxito de la guerra, estamos seguros que al ver la tranquilidad que se traslucia en el semblante del príncipe, habrian dado por cosa cierta que la Providencia habia inspirado al descendiente de Zeit el camino que debia seguir para reconquistar el reino de Valencia, y que descansaba confiando aun mas en la divina proteccion que en el valor de sus soldados.

Se veíase otro personaje en el interior de la tienda, que se ocupaba en trazar el plano topográfico de la Sierra de Espadán, marcando en él los puntos en donde debian formarse las trincheras y levantar las fortificaciones. Este personaje era Ajem-Farax, que tambien se movia en la tienda, manifestando en sus gestos y en sus menores movimientos la alegría que habia desarrugado su frente y la esperanza que como un fuego divino habia dado luz á su semblante tanto tiempo oscurecido por las dudas y los contratiempos.

En el momento en que permitimos al lector entrar en la tienda, Farax acababa de sentarse junto al príncipe despues de haber mirado durante dos minutos el trabajo de Ajem, el cual seguia tirando líneas y haciendo puntos en el tablero que tenia sobre sus rodillas.

«¿Qué opinas de ese plano que está trazando el docto Ajem?» preguntó el príncipe cuando vió á su lado á su zeloso partidario.



—Aunque yo no soy práctico en la guerra, sin embargo concibo que esas fortificaciones que proyecta levantar han de hacernos dueños de este país por algún tiempo; pero creo que debemos salir de estas montañas para ir á buscar al enemigo en la llanura.

—No tengo yo menos deseos que tú de habérmelas con los cristianos, dijo el príncipe manoseando el precioso yatagan engarzado en coral que pendía de su cintura.

—Si eso es así, ¿por qué no levantamos el campo y vamos á formar el campamento en los alrededores de Valencia?

—Porque antes conviene saber como piensan todos nuestros correligionarios, y porque es preciso ante todo organizar un buen cuerpo de caballería que nos permita llegar con toda seguridad á la inmediaciones de Valencia. Nuestra gente es esforzada é intrépida. El odio les ha obligado á sublevarse contra sus opresores, y estoy seguro que no retrocederán ante el enemigo; pero conviene no aventurar el éxito de la campaña en empresas peligrosas, y me hallo resuelto á no abandonar estas montañas en donde mi ejército se instruye y organiza con toda tranquilidad, hasta que no cuente con dos mil ginetes. A pesar de que continuamente mis espías me dicen que el miedo ha hecho huir de los pueblos á casi todos los cristianos para refugiarse en la ciudad, en donde reina también el desaliento, estoy decidido á no salir de estas fragosidades hasta que Josuf no arrebathe de sus pesebres los dos mil caballos que fácilmente puede encontrar en las riberas del Júcar.»

Farax pareció inclinar su cabeza como reconociendo que la opinion del príncipe era mas acertada que la que él se habia atrevido á proponer, atendiendo solo á sus vehementes deseos de verse en el campo de batalla.

Ajem, que seguia trabajando en su plano, valiéndose ya del lápiz, ya del pincel, levantó la cabeza con el doble objeto de descansar y dar también su parecer.

«Es indudable que sin caballería nada debemos intentar. Los árabes valencianos conservan aun las preocupaciones del